

VIAJES

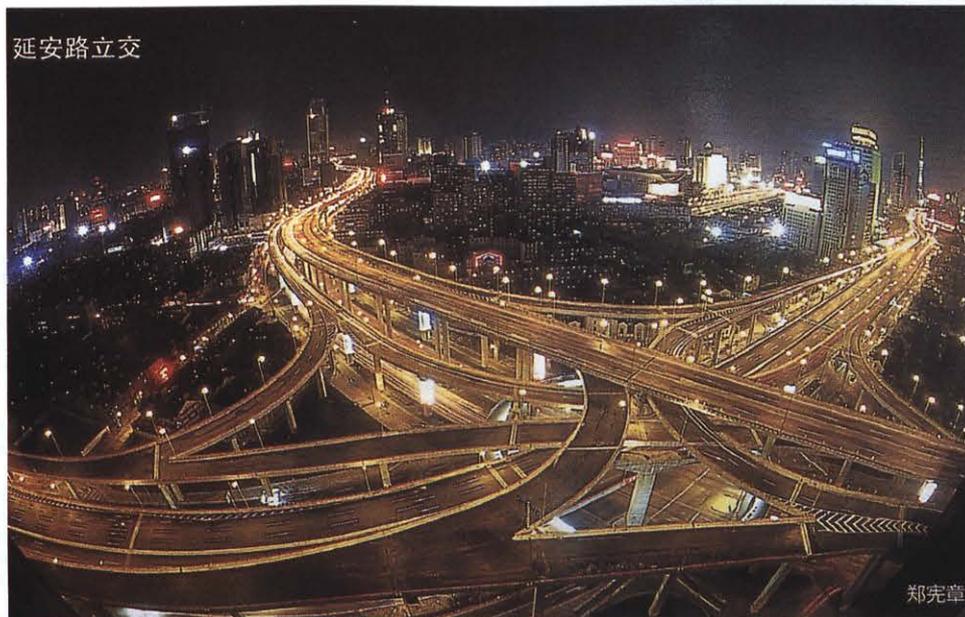
China: apuntes de paisaje urbano

Maria Teresa Valcarce Labrador
(texto y fotografías)

Las imágenes más significativas de una ciudad suelen estar en sus postales. Entre las de Shanghai hay una que resulta especialmente elocuente: la foto nocturna que ilustra esta página. En ella lo primero que llama la atención es el intrincado nudo de autopistas del primer plano. Enseguida nos fijamos en el skyline de rascacielos que configura su límite superior para luego reparar en el barrio residencial constituido por edificios de entre dos y seis plantas encima del cual sobrevuela una de las autopistas. La imagen es impresionante y -aunque «vale más que mil palabras»- después de haber estado allí poco más de dos días, no puedo por menos que recordar la reflexión de Reyner Banham a propósito de las imágenes fotográficas: «...un artefacto, un documento que registra para siempre una construcción momentánea basada en la realidad».

Porque es esa idea de «construcción momentánea» lo que aquí parece tener más sentido ya que, probablemente, uno de los tópicos más certeros sobre la China actual sea el de que algo está cambiando allí. Ese cambio tiene una de sus manifestaciones más perceptibles en el panorama urbano y se está produciendo tan deprisa que, a estas alturas, la postal ya no es una imagen basada en la realidad de hoy, sino en la de hace muy pocos años.

En el nuevo panorama urbano, la manifestación más llamativa, a su vez, es la proliferación de rascacielos. Sin embargo, lo más sorprendente no es ni su cantidad ni su calidad, sino cómo y dónde aparecen. En las grandes ciudades se puede observar como se destruyen manzanas enteras de tejido residencial



Shanghai. Vista nocturna.

de casas tradicionales para hacer sitio a los elementos configuradores del nuevo paisaje. Pero aún hay algo más chocante si cabe y es que, aparentemente, no existe un criterio de localización en la ciudad para estos nuevos edificios. Ni siquiera en Shanghai donde el centro, las inmediaciones del Bund o la Zona Económica Especial, al otro lado del río, serían, con un criterio ¿occidental? los lugares preferibles para su ubicación. Si tal criterio existe, no resulta fácil desentrañarlo.

En paralelo a este fenómeno de sustitución indiscriminada de viviendas tradicionales por rascacielos de oficinas, se está produciendo otro que, en este caso, también afecta a las ciudades

más pequeñas y que, en poco tiempo, las hará casi irreconocibles. Se trata de la renovación de las áreas residenciales. En ciudades como Suzhou, la «Venecia oriental» de Marco Polo, las viviendas tradicionales de dos plantas, con patio y muros grises, se están sustituyendo por bloques compactos de cuatro alturas con las fachadas pintadas de un blanco imponente y, en algunos casos, rematadas por la típica cubierta china. Uniformes y alineados a lo largo de las calles y los canales, estos bloques construyen un entorno urbano que dista mucho de tener la más mínima reminiscencia de lo anterior.

Estas nuevas viviendas tienen a su favor que incorporan servicios y comodidades de las que

Casas nuevas al borde de un canal.



Casas tradicionales al borde de un canal.





Shanghai. Autopistas elevadas y carteles publicitarios.



Gente sesteando.

carecen las tradicionales, por lo que es más que razonable que la población no dude al preferirlas. Se da el caso, además, de que algunas se ocupan antes de que se hayan terminado. Ante esto, cabe preguntarse qué pasaría si a esas gentes se les ofreciese la oportunidad de incorporar esas mejoras a sus viviendas. Al parecer, la rehabilitación es una posibilidad que no se contempla, de manera que no hay otra opción.

En el paisaje urbano de las ciudades chinas no sólo están cambiando los edificios. En las calles de cualquiera de ellas se ven anuncios publicitarios de todo tipo de marcas y productos occidentales que, por supuesto, se pueden adquirir en las numerosas tiendas y, sobre todo,

en los grandes centros comerciales. Por otra parte, entre las largas hileras de tiendas es frecuente encontrar locales en los que un montón de chavales pasan el rato delante de la pantalla de un ordenador, enganchados a la red o a los videojuegos.

La bicicleta sigue siendo el vehículo favorito de gran parte de la población, pero está siendo sustituida cada vez más por las motocicletas, cuyos conductores tienen unos hábitos que a veces recuerdan los de los italianos. En las ciudades más grandes, el número de automóviles casi se equipara al de cualquier ciudad occidental y el de autobuses - éstos con no menos de treinta años encima- lo supera. En consecuencia, a

ciertas horas se puede disfrutar de un atasco en toda regla, lo que ofrece la oportunidad de observar las jardineras con flores que cuelgan de los bordes de las autopistas que se tienden sobre los edificios. Pero nada de esto arredra a la ingente cantidad de peatones y, mucho menos, a los grupos de jugadores de cartas, dominó... o a la gente que sesteaa plácidamente en cualquier sitio.

Y en cualquier sitio también hay una obra en curso. Si el número de edificios nuevos es incontable, el de grúas no lo es menos. Algunas de esas obras se realizan con una sofisticada tecnología mientras en otras sorprende la escasez de medios de todo tipo; en la mayor parte de

Nankin. Lago del Parque Xuanwuhu, al fondo rascacielos y gruas.



Shanghai

ellas se trabaja a destajo, incluso por las noches, mientras otras permanecen paralizadas.

Pero quizá todo esto no debería sorprendernos tanto. China es un país que está acostumbrado a los cambios y, en ellos, no siempre se ha mostrado demasiado conservadora de su patrimonio cultural. De hecho, cuando se visita su arquitectura tradicional, a veces se tiene la sensación de que no se ven las mejores piezas sino, simplemente, las que se conservan. Y no obstante, a juzgar por la cantidad de gente que visita esos monumentos y la de hoteles recién inaugurados, no se puede dejar de constatar el enorme auge del turismo. Aunque, de momento, el interés por facilitar la movilidad de la gente vaya dirigido, casi únicamente, a su propia población, ya que el turista extranjero todavía halla serias dificultades para transitar por el país, si pretende hacerlo por su cuenta. A ello se suma el obstáculo nada despreciable del idioma. Poca gente habla otra cosa que no sea el chino y las oficinas de turismo, no siempre fáciles de encontrar, en muchos casos sólo tienen información en su propia lengua.

Frente a esta creciente atracción por su pasado tradicional, parece que los chinos tienen, en cambio, cierta voluntad por borrar rápidamente todo lo que constituye su pasado más reciente. Según se comentaba, tan sólo un tercio de la población cree todavía en la consecución del ideal comunista. Ya nadie lee el «libro rojo», pero éste se puede adquirir en los mercadillos callejeros por cinco yuanes (más o menos cien pesetas); las ediciones bilingües -escasas porque las que se hicieron entonces estaban destinadas a la exportación- se consiguen, después de un pequeño regateo, por unos 55 yuanes. Tampoco se ven ya grandes efigies de Mao, aunque en los puestos de venta de recuerdos turísticos su imagen está plasmada en un montón de cachivaches variopintos: insignias, ceniceros, mecheros inverosímiles... A propósito del pasado reciente, se diría que en vez de borrarlo han optado por comercializarlo.

Pero tampoco faltan muestras de la comercialización del pasado tradicional. En Hangzhou hay un parque donde se exhiben reproducciones en hormigón de las grutas budistas más importantes del país. Una de esas reproducciones está hueca, y su interior lo llena un local de venta de chucherías para turistas. Al hilo de esto, me viene a la memoria otra reflexión, esta vez de El Roto, y en forma de viñeta. En ella se ve una imagen de Mao ataviado con unas orejas de Mickey Mouse. Ciertamente China ha decidido incorporarse al espectáculo. ■



Puesto callejero.



Reproducción en hormigón de una gruta budista. Dentro, un local de venta de recuerdos para turistas.



Xi'an

